

habían sido designados, como él, para formar parte de la expedición a China.

Y sin perder un momento escribió a su pobre-cita abuela, diciéndola que quería verla antes de partir.

... y después en camino para ir a ver  
 más al norte de su destino.  
 La señora M... que quedó maravillada viendo  
 a Silvestre tan guapo con su uniforme, se había  
 luego centrado en mirar a la mujer de los marinos  
 de guerra, su rostro alado de la vida, y la  
 que camina y su porte sonaba con los pasos  
 sinas que llevaban estampadas en su extremidad

## XIII

Dos días después, los compañeros de Silvestre sonreían de ver a éste paseándose por las calles de la población con una mujer del brazo, inclinándose hacia ella con aire de ternura, para decirle al oído cosas que parecían ser muy dulces, a juzgar por la complacencia con que ella las escuchaba.

Vista de espaldas, aquella mujer tenía un aspecto bastante juvenil y despabilado, con su falda corta, su chal oscuro y su gran cofia de paim-polesa.

—¡Un poquillo vieja es la novia de Silvestre!— decían los marineros.

La apreciación de éstos estaba exenta de toda malicia: bien veían que se trataba de una anciana que iba a despedirse de su nieto.

La buena señora se había apresurado a marchar a Brest, sobrecogida de espanto por la noticia de la próxima partida de Silvestre, porque aquella maldita guerra de China había costado ya no pocos marinos al país de Paimpol. Había, pues, reunido sus pobres economías, arreglado en una cartonera su traje de los domingos y una cofia

nueva, y puéstose en camino para abrazar una vez más al nieto de su corazón.

La señora Moan se quedó maravillada viendo a Silvestre tan guapo con su uniforme, su barba negra, cortada en punta a la moda de los marinos de guerra, su cuello abierto, que dejaba ver la limpia camiseta, y su gorra adornada con dos largas cintas que llevaban estampadas en su extremidad unas anclas de oro.

Por un instante imaginóse tener delante a su hijo Pedro, que veinte años antes había sido también gaviero de la escuadra, y el recuerdo de aquel remoto pasado, de todos aquellos muertos, proyectaba sobre el momento presente una sombra triste.

Pero la alegría de verse juntos no tardó en desvanecerla.

La señora Moan, queriendo hacer las cosas grandemente, convidó a comer a su nieto en un figón, cuyos dueños eran paimpoleses, y que le había sido recomendado por la baratura de sus precios. Después de comer, siempre cogidos del brazo, se fueron a dar un paseo por Brest, recreándose en contemplar los escaparates de las tiendas, en los que se veían cosas que sugerían a la señora Moan las más ingeniosas ocurrencias.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 2625 MONTERREY, MEXICO

## XIV

Tres días permanecieron juntos; tres días de fiesta sobre los cuales pesaba un *después* bien sombrío. Como quien dice, los últimos tres días de vida de un condenado a muerte.

Llegó, por fin, el momento en que fué preciso a la buena viejecita separarse del nieto para volverse a Ploubazlenec, primero y principal, porque se la había concluído el poco dinero que había conseguido reunir, y luego, porque Silvestre debía embarcarse dentro de dos días, los cuales tenía que pasar precisamente en el cuartel, del que no saldría sino para ir a su barco. Tal es la precaución generalmente adoptada en vísperas de un largo viaje, contra la tendencia de los marineros a emborracharse antes de emprender la campaña.

¡Cuán amargo fué aquel último día para la pobre abuela! En vano rebuscaba en su imaginación cosas graciosas con que distraer a Silvestre; en lugar de dicharachos y cuentos, eran sollozos los que a cada instante pugnaban por salir de su garganta. No cesaba de hacerle mil recomendaciones, que también a él le hacían sentir ganas de llorar.

Por último, concluyeron por entrar en una iglesia para rezar juntos sus oraciones.

La señora Moan tomó el tren de la tarde para regresar a su aldea. Para no gastar dinero inútilmente, fueron a pie hasta la estación: él, cargado con el cartón de viaje de la abuelita; ella, suspendida de su brazo. Estaba fatigada, muy fatigada la pobre anciana, de tanto como había andado en aquellos días. Ya no se sentía con fuerzas para andar derecha y con aire juvenil: la vencía el peso de sus setenta y seis años.

Ante la idea de que dentro de algunos momentos tendría que separarse de su nieto, tal vez para siempre, su corazón se desgarraba de una manera horrorosa. ¡Iba a la China, allá, muy lejos, adonde se mataba la gente! Todavía le tenía a su lado; todavía podían tocarle sus manos temblorosas... Y sin embargo, no tendría más remedio que dejarle partir; toda su voluntad, todas sus lágrimas, toda su desesperación, no podían impedir que partiera.

Entorpecida por su billete, por su cesta de provisiones, por sus mitones de lana, agitada, temblorosa, le reiteraba sus últimas recomendaciones, a las cuales contestaba él con un *sí* muy sumiso, sin dejar de contemplarla con sus ojos dulces, de mirar candoroso como los de los niños.

El silbato de la locomotora dejaba oír su ruido estridente anunciando que el tren iba a ponerse en marcha. Sobrecogida del temor de quedarse en tierra, arrancó de las manos de Silvestre la cartonera de viaje, que casi a la vez dejó caer de las

suyas, para colgarse del cuello de su nieto en un supremo abrazo...

Por fin, empujada por los empleados, aniquilada, sin conciencia de sus actos, subió al primer vagón que se presentó ante su vista, mientras él echaba a correr a fin de dar la vuelta a la estación, y poder llegar a la empalizada exterior a tiempo todavía de verla al paso del tren.

Escuchóse un silbido más estridente que los otros; luego, el ruido sordo de las ruedas al ponerse en movimiento. Silvestre, encaramado en la empalizada, agitaba su gorra, y ella, asomada a la ventana del coche, hacía señales con el pañuelo para que él la reconociera. Durante tanto tiempo como le fué posible, mientras pudo distinguir la silueta de su nieto, le siguió con los ojos, gritándole con toda su alma ese "*hasta la vista*", siempre incierto, que se les dice a los marinos que parten. Y cuando la sombra querida se perdió en la distancia, la abuela, desolada, se dejó caer sobre su asiento, sin cuidarse de que se arrugaba su cofia bien planchada, llorando a lágrima viva, presa de mortal angustia...

En cuanto a Silvestre, se volvió al cuartel, marchando lentamente con la cabeza baja, mientras gruesas lágrimas silenciosas se deslizaban por sus mejillas. Había cerrado la noche, y los mecheros de gas alumbraban la fiesta de los mariqueros que se despedían de la tierra. Sin hacer caso de nada, atravesó Brest y el puente de la Recouvrance, dirigiéndose a su alojamiento.

—“Escucha niño”—murmuraban a sus oídos las voces enronquecidas de aquellas mujeres que ya había encontrado la noche del teatro.

El buen muchacho apretó el paso, y lloró toda la noche en su humilde *coi* de marinero.

## XV

Navegaba *al largo* sobre mares para él desconocidos, mucho más azules que el de Islandia.

El buque de vapor que le conducía al extremo Oriente, tenía orden de apresurar su viaje, deteniéndose el menos tiempo posible en los puertos de escala.

Silvestre tenía conciencia de estar muy lejos de la patria, arrastrado por aquella velocidad igual, incesante, que ni mar ni viento contrarios podían amortiguar. Como era gaviero, vivía en la arboladura del barco, evitando así el contacto de los soldados que se amontonaban en el puente.

Dos veces habían hecho escala en la costa de Túnez, para embarcar zúavos y mulos, lo que le permitió contemplar desde lejos varias poblaciones blancas, edificadas unas sobre arenales y otras sobre montañas. Una vez se tomó el trabajo de bajar de la cofa que le servía de observatorio para mirar curiosamente a unos hombres de atezado rostro, envueltos en largas vestiduras blancas, que habían venido a bordo para vender frutas: un compañero le hizo saber que aquellos individuos eran beduinos.

Bastantes días después llegaron a una ciudad que le dijeron llamarse Port-Saïd, y sobre la cual flotaban todos los pabellones de Europa al extremo de largos mástiles, comunicándole un aspecto de Babel en fiesta.

El buque había fondeado muy inmediato al muelle, en medio, casi, de las casas de madera, que formaban largas calles. Como era la primera vez, desde su partida, que se comunicaba tan de cerca con el mundo exterior, el espectáculo de aquella muchedumbre de gentes y de barcos le distrajo sobremanera.

Todos aquellos barcos iban enfilando uno tras otro un larguísimo canal (1) estrecho, que corría en línea plateada en lo infinito de las arenas. Subido en lo alto de su cofa, Silvestre los contemplaba marchar en interminable procesión hasta perderse en la perspectiva del arenal inmenso.

Por los muelles veíanse circular hombres con trajes de todas clases y de todos colores, ocupados, gritando, gesticulando, en la gran actividad del tránsito mercantil. Y llegada la noche, al ruido constante del silbido de las máquinas vino a mezclarse el de una porción de orquestas ambulantes, que tocaban cosas ensordecedoras, como para adormecer la pena de todos los desterrados que pasaban.

Al amanecer del siguiente día, el buque de Silvestre entró a su vez por el estrecho canal que

(1) El canal de Suez.

corría entre las arenas, seguido de una larga fila de barcos de todas las naciones. El desfile duró dos días, al cabo de los cuales otro nuevo mar se abrió ante ellos, y volvieron a ganar *el largo*.

Continuaban marchando a toda la velocidad de la máquina por aquel mar, más caliente, en cuya superficie había vetas rojas (1), como también a veces la espuma de la estela tenía color de sangre. Casi todo su tiempo lo pasaba encaramado en la cofa, cantándose a sí mismo el *Juan Francisco* para evocar el recuerdo de su querido amigo Juan, de la Islandia, del tiempo feliz.

A veces, en el fondo de las lejanas perspectivas llenas de espejismos, veía aparecer alguna montaña de un tono de color extraordinario. Los que dirigían el derrotero del buque conocían sin duda, a pesar de la lejanía y de la vaguedad, aquellos cabos avanzados de los continentes, que son como eternos puntos de mira sobre los grandes caminos del mundo. Pero un gaviero es un ser que va arrastrado como una *cosa*, que nada sabe, que ignora las distancias y no tiene noción del camino que recorre sobre aquella extensión que parece no deber acabarse nunca.

Debajo del observatorio de Silvestre, sobre el puente del barco, una muchedumbre de hombres, amontonados unos sobre otros, jadeaban aniquilados, buscando la sombra de las velas viejas extendidas a guisa de toldos. El agua, el aire, la luz

(1) El mar rojo.

habían adquirido un esplendor pesado, abrumador; la fiesta eterna de las cosas parecía una ironía hacia los seres, hacia las existencias organizadas, que son efímeras...

En una ocasión le distrajo muchísimo una extensa nube de pajaritos, de especie para él desconocida, que vinieron a precipitarse sobre el buque, como un torbellino de polvo negro. Los pajaritos se dejaban coger y acariciar sin oponer resistencia, a fuerza de fatigados que estaban, y se posaban hasta en los hombros de los marineros. Bien pronto, los más cansados empezaron a morirse...

Espiraban a millares sobre las vergas y sobre cubierta, abrasados por el sol terrible del mar Rojo. Un viento de tempestad les había arrasado hasta allí, cruzando grandes desiertos: de miedo de caer en el fondo de aquel infinito azul que no tenía límites, habíanse abatido, en un último esfuerzo, sobre el buque que les ofrecía un refugio. Sin duda, allá lejos, en el fondo de alguna región de la Libia, su raza había pupulado en amores exuberantes. Habían pupulado sin medida; jeran demasiados! Entonces, la madre ciega y sin alma, la madre Naturaleza, había diseminado de un soplo la excesiva turba de pajaritos, con la misma impasibilidad que lo hubiera hecho con una generación de hombres.

Y morían todos sobre el herraje abrasado del buque, cuyo puente estaba cubierto de sus cuerpecillos, que un día antes palpitaban de vida, de

cantos y de amor... Ya no eran más que harapillos negros, que Silvestre y sus compañeros recogían, extendiendo en sus manos abiertas, con un aire de conmiseración, aquellas alas finísimas de un negro azulado, arrojándolos luego a sendos escobazos al gran infinito del mar...

Algunas horas después pasó otra nube de langostas, hijas de las que cayeron sobre el pueblo egipcio en los tiempos bíblicos, y el puente quedó cubierto de ellas.

Continuarón navegando por espacio de bastantes días en el azul inalterable, donde ya no se veía ningún ser viviente, como no fuera algún que otro pájaro que volaba rasando las olas...

Los ojos las hermosas mujeres de la India...  
no por la rudeza de sus rasgos y sus  
silvestre segun en posesion de su honestidad de  
nino

XVI

Caía la lluvia a torrentes, de un cielo obscuro  
y pesado. Estaban en la India.

Silvestre acababa de poner el pie sobre aquella  
tierra, designado por la suerte para completar la  
dotación de una ballenera.

Todo en aquel país era magníficamente verde;  
las hojas de los árboles tenían la forma de gigan-  
tescas plumas, y la lluvia se tamizaba a través del  
follaje espléndido. El viento venía cargado de un  
aroma de almizcle y de flores.

Veíanse por allí mujeres tentadoras, cuyos pe-  
chos se redondeaban suavemente bajo la transpa-  
rencia de las muselinas en que iban envueltas; su  
cutis tenía el reflejo y el pulimento del bronce.

Algunas de ellas hicieron a Silvestre signos in-  
equivocos. El buen muchacho vacilaba entre su  
honorabilidad ingénita y la fascinación, para él des-  
conocida, que ejercían sobre sus sentidos juve-  
niles aquellas hembras provocativas...

Pero de pronto, el silbato del contramaestre,  
que llamaba a los tripulantes de la ballenera, le  
arrancó a la sugestión que, a pesar suyo, iba do-  
minándole.

¡Adiós las hermosas mujeres de la India! Cuando por la tarde volvió el buque a coger *el largo*, Silvestre seguía en posesión de su honestidad de niño.

Una semana duró la navegación antes de volver a tocar tierra. Esta vez era un país habitado por hombres amarillos, que trajeron carbón a bordo en sendos canastos.

—¿Estamos ya en la China?—preguntó Silvestre, viendo que todos aquellos individuos tenían las narices aplastadas y llevaban trenzas colgando de la nuca.

Le contestaron que todavía aquello no era la China: estaban sencillamente en Singapoore. Entonces tornó a refugiarse en lo alto de su cofa, huyendo del polvo negro del carbón que el viento iba llevando a todas partes.

Por fin, un día llegaron a un puerto llamado Turana, donde se encontraba el buque de guerra *Circe*, que sostenía el bloqueo. Silvestre pasó acto continuo a formar parte de la dotación de aquel buque, en el que había varios paisanos suyos, pescadores de Islandia como él, que eran artilleros a bordo.

Por las noches, templadas y tranquilas, se reunían sobre el puente, y gozaban evocando los recuerdos de la Bretaña.

Cinco meses de inacción y de destierro tuvieron que pasar en aquella bahía triste, antes de que llegara para ellos el deseado momento de ir a batirse con los chinos.

Transportemos a nuestros lectores con la imaginación a Paimpol, en el último día de febrero, víspera de la partida de los pescadores para su campaña en Islandia.

Gaud, muy pálida, se mantenía inmóvil a la puerta de su alcoba.

Era que Juan estaba abajo hablando con el señor Mével. Le había visto venir, y oía vagamente el sonido de su voz.

No habían vuelto a encontrarse en todo el invierno, como si una fatalidad les mantuviese alejados el uno del otro.

Después de su visita a Pors-Even, fundó algunas esperanzas en la función religiosa conocida en el país con el nombre de *Perdón de los Islandeses*, la cual daba ocasión a verse y hablarse en la plaza, donde se formaban numerosos grupos. Pero la mañana misma de la fiesta, cuando los balcones ostentaban ya sus colgaduras adornadas de guirnaldas verdes, la lluvia empezó a caer a torrentes, empujada por la brisa del Oeste: los habitantes de Paimpol no recordaban haber visto nunca sobre su ciudad un cielo tan negro.